

VÍCTOR M. CAMPOS

LECHE DE VACA SAGRADA



Víctor M. Campos

LECHE DE VACA SAGRADA



U

Es tan ruin como el más ruin de los carniceros, pero a diferencia del primero, el escritor no tolera el anonimato. Su oficio se afirma en ese hacerse escuchar: en ese hacernos creer que su voz es la voz de aquéllos a los que silencia para consagración de su propio apellido.

Pop up

Descíframe o te devoro:

RITA SEGATO

No sólo suena a otra cosa: significa algo diferente. Al abrirlo podrás encontrarte con una mujer que corre y no sabemos porqué. Es la primera página así que no tenemos que saberlo todavía. Si observas, notarás que todo sucede en un callejón. ¿Intentará escapar? ¿Qué podría motivar a una mujer a escapar? Tienes razón: es una pregunta estúpida.

Tenía un amigo gringo que se reía al verme comiendo cacahuates. Pensándolo bien, decir que se reía es poco. Se cagaba de la risa y decirlo así está más que justificado. Para él, un mal aprendiz de español, cacahuates lo llevaba a otra cosa. Caca, decía, y el ataque de risa lo partía en dos. Huates nunca llegaba a destino. Idiota.

Popó es a lo que suena y a mí también me lleva a otro lado: me hace pensar en otra cosa. Como en el pinche gringo. Trabajábamos de choferes y el idiota apenas y sabía leer. Gringo al fin. Pobre al fin. White

trash al fin. Pero me caía bien: al menos hasta esa vez. No debí salir corriendo. Lo sé.

En la siguiente página, alguien le cierra el paso a la mujer. Qué pinche miedo, pero me gustan los libros que siempre terminan mal. Observa y verás que es más de uno quien le cierra el paso en la boca del callejón. No está muy claro quiénes lo hacen porque todo está a oscuras y ellos traen la cabeza cubierta con capuchas y en el rostro sólo brilla su repugnante sonrisa. Qué pinche miedo, ¿no? En la siguiente página ella camina de espaldas, intentando ponerse a salvo, y tropieza. Sí, se cae y se le sale un zapato.

Así caía el gringo, partido de risa, y se revolcaba en el suelo. Era inquietante. Pero luego se puso peor. Manejaba temerariamente y yo iba detrás tratando de no quedarme en el camino. Algunas noches, en mitad de la carretera, apagaba las luces y aceleraba. Yo lo seguía a ciegas y más de una vez estuvimos a punto de hacernos mierda.

Ella está en el suelo, pelea, abre mucho los ojos y la boca. Algún sonido de papel sale de ahí: ondas acústicas de colores que toman el lugar del grito. Y, como si hiciera falta, unas nubes cada vez más negras

tapan el cielo. Ya sabemos que todo va a salir mal. ¿Para qué necesitamos nubes negras?

Por pura pinche crueldad, ¿no? Nos encanta siempre y cuando no seamos nosotros los que estamos en el suelo. Como ella que, en la siguiente página, ya fue sometida. Uno de ellos la ha inmovilizado poniéndole una rodilla en el cuello y agarrándole las manos. El otro está hincado entre sus piernas mientras esquiva los patadones inútiles que ella le tira para defenderse.

Es cierto que las ondas acústicas no necesitan ser vistas para existir: en eso son hermanas del dolor. Aquí las representan con papel para poner de manifiesto que ella gritó, pero que nadie vio sus gritos. Alguien ha triturado ese papel; ellos lo han reciclado para dar significado a sus gemidos y al llanto silente de ella: pura papiroflexia.

Luego, nada.

Como esa vez. Habíamos estado echando chelas en un bar de la frontera y él salió a mear. Eso dijo. Como tardó, como también me dieron ganas de mear, salí. Afuera parecía que iba a llover. Era de noche y el callejón estaba oscuro. Algo escuché al fondo, más allá de las camionetas, y fui a ver. Prendí un tabaco y con la misma flama del encendedor lo vi.

Pinche gringo. Su mirada locota bastó. Los gritos ya se habían caído al suelo y estaban hechos bola entre sus piernas: de tanta patada inútil el otro zapato también se le había salido. Antes de apagar el encendedor los miré por última vez.

Luego, cerré el libro.

N

Una tarde, al fin, da con un café que pudo ser cualquiera pero que termina siendo éste. ¿Es domingo o jueves? ¿Es la primera o su última tarde en esta ciudad? Eso de nunca estar presente en el presente tiene sus complicaciones.

Él lo sabe.

Pide su primera taza de americano.

Mesas pequeñas, pocas, un rincón del mundo que le hace promesas al oído y que por eso le gusta. Hay un botón que puede oprimir si quiere que alguien venga a tomarle la orden. Un café, una pregunta, quizá más tarde una cerveza. Un par de mujeres hablan a los gritos desde una mesa contigua; otros lo hacen también. El ruido es el idioma universal de la frivolidad. En la barra está el que sirve y lava las tazas: el que espera, al margen, a que alguien toque el botón.

Él se pregunta cómo será garabatear sus primeras líneas en este lugar; esas que luego de mucho de escribir y borrar, quizá pueda presentar aquí. ¿Es legítimo ese anhelo? ¿Por qué no? Antes, siempre hay un inconveniente: empezar a escribir. Además, ¿sobre qué?

Llega el café.

Al fin pregunta si es verdad que en esta ciudad vive ese al que ha venido a buscar. Mi padre, dice para sus adentros, y sonrío. Ese no sale de aquí, le contesta el de la barra y señala un cartel clavado al pizarrón de corcho. La noche del jueves, la vaca sagrada acompaña a otro en la presentación de tal o cual libro.

Despierta

¿Qué sería de esos viejos si no existieran las calles que apenas asoma el día salen a barrer obsesivamente? ¿O de las calles sin la caricia brusca que de la mano de aquellos viejos les prodigan con sus escobas tan desgastadas como mugrientas? ¿Y de las escobas mismas? ¿Qué sería de ellas si al menos en la cabeza de Eugenia no poseyeran el atributo de volar y no sólo de prestarse, en calidad de vulgar instrumento, a las obsesiones de cualquier viejo encorvado?

A través de la ventana Eugenia ve a su padre... ¿o será su marido?; lo ve barrer las calles cubiertas de hojarasca y de la sucia humedad del otoño. Los días han vuelto a enfriarse y el viento desgreña los árboles y hace pequeños remolinos con las hojas y la basura que antes de ser sólo basura se entrega al divertimento espiral de una risa afónica. Ese viejo encorvado barre debajo de la banqueta y luego arriba, en la juntura entre una placa de cemento y otra, mientras Eugenia lo mira sin dar con la respuesta:

Vagamente recuerda su nombre: Víctor, Héctor... algo así. Lo conoció en alguno de esos trabajos en los que tanto duró y se hicieron novios. El viejo encorvado y

ridículo no siempre fue viejo. Es difícil de creerlo, pero así fue. O al menos eso cree Eugenia que a veces no está segura ni de su propio nombre. Lo que sí está vivo en su memoria es el regocijo infinito del vuelo: un ave blanca vino a despertarla con tres picotazos en la ventana y juntas se fueron de paseo sobrevolando la noche borrascosa y manchada de luna.

Qué exquisito placer mientras el viejo gimotea o salta en la cama. Eugenia en cambio atiende el llamado en la ventana, coge la escoba y sale sin decirle adiós al viejo que se ahoga en la brea negra de sus pesadillas. Alzan el vuelo más allá de las bamboleantes copas de los árboles y el trazo de las calles se desdibuja en la medida que ganan altura. ¿Quién diría que esa escoba casi pelada vuela tan bien? ¡Qué prodigio la abundancia de luces allá abajo y el albo resplandor del ave!

Se hicieron novios y probablemente se juntaron. Sus cuerpos primero de los que quizá salieron algunos retoños que por pura gracia se han ido y ya nadie es capaz de recordar si alguna vez siquiera existieron. ¿O ese viejo que barre la calle es su padre y todo esto no es más que una mascarada, un hacerse la loca y evitar a toda costa el sufrimiento y la vergüenza de ser la que es?

Nada de eso. Por aquí y por allá hay fotos enmarcadas con rostros desconocidos que le sonrían o ensayan muecas próximas a la sonrisa.

Esos deben ser los retoños que aunque ya nadie sepa dónde están, seguro que existieron y berrearon y quizá por un rato fueron tiernas promesas antes de pudrirse en pie: un par de retoños que de estar vivos seguro también esperan, queriéndolo o no, el arribo de la demencia, el olvido y la muerte. Pero mientras eso sucede, toca barrer obstinadamente la calle o mirar por la ventana tratando de recordar quién es ese viejo encorvado que sólo sabe usar la escoba para barrer.

¡Ridículo!

Tal vez sí es su padre porque luego de barrer él vendrá a despertarla y buscará los dientes en el bote de la basura y le pedirá, por enésima vez, que no los envuelva en la servilleta; la ayudará a vestirse y juntos irán a cobrar la pensión que con falso escrúpulo él administrará para los dos. O tal vez es su marido con el que no sabe si se casó o se juntaron, así nomás porque sí, y ya después sucedió todo lo demás. Por fortuna no lo recuerda y aunque ese viejo ridículo fuera uno u otro, ¿qué importa ya?

Si por alguna terquedad el otoño insiste en volver y el viejo en barrer las calles cada mañana, qué. ¿Hay algo que se pueda hacer que no sea morir de muda desesperación? Eugenia tiene su escoba y un ave blanca con la que da el rol por la noche sin fin mientras las palabras del viejo intentan despertarla inútilmente. ¿Será que las calles se perderán en la hojarasca si ya nadie las barre? ¿Y las escobas? ¿Acaso al verse liberadas de los viejos ridículos y sus más ridículas obsesiones se consagrarán por fin al vuelo?

Despierta.

Despierta.

Despierta, insiste él, pero Eugenia sólo ríe al estirar la mano y tocar al albo plumaje.

T

Lo difícil es concebir al personaje: su conflicto.

La ausencia de uno o, en todo caso, el apocamiento para señalar el propio; el coraje para encarar el conflicto que uno tiene con las cosas y cuidar que su tratamiento no se vaya a la basura entre puro efectismo. Eso valdría la pena, pero como no está seguro, ni siquiera hace el intento por escribirlo. El café está bien, pero sabe que al tercero habrá que añadirle una carga extra. Lo cierto es que entrever qué trae uno dentro, aunque no lo escriba en ningún lado, es ya un paso. Eso es lo primero que anota, lo segundo: algo quiero decir y quizá sería importante saber qué es.

Y lo sería.

Antes de inventarse al personaje y las circunstancias que lo ahogan; antes de irse de la lengua y escribir frases, juegos de palabras, reflexiones que posan y esperan ser subrayadas: sobre todo antes de ensayar un supuesto arranque y la subsiguiente aventura; de enfilarse hacia el encuentro con los aliados y antagonistas; de hacer que todo avance hasta que el giro del destino coloque al libro en circunstancia de acabarse sin que haya empezado todavía.

Sería importante.

Un libro. Ya luego pagará para que lo publiquen, para que lo difundan si tiene el dinero; moverá influencias, hará valer el apellido. Lo que sea necesario. O borraré todo esto y vaciaré la papelera.

Sí, otro café, pero con una carga extra, por favor.

Todas las noches del mes

Algo así creyó leer en algún banner.

Pero si se hospedó en el Circus no fue precisamente por eso. Fue más bien por ella. Su tercer viaje a Las Vegas para verla, para hablarle por fin y por fin invitarla a salir. ¿Y todo para qué? El teriomorfo más famoso del mundo lo mira, pero él, sonámbulo, no se da por enterado. Cuántas veces acecha el peligro y a nosotros ni por acá nos pasa. Así él dando tumbos por los pasillos largos y alfombrados del hotel; de esta ciudad que no duerme nunca y, por tanto, nunca está del todo despierta.

La botella de Jack la lleva en la izquierda y con la mano derecha se va agarrando de las paredes. Son otras camareras quienes lo miran, pero ninguna es ella. El no rotundo le duele más que el golpe que acaba de darse contra la estatuilla sedente que gobierna el pasillo. ¿Qué hará ese toro descalzo ahí? ¿Dónde estarán las escaleras? ¿Dónde el elevador? Todo le parece absurdo y más absurdo todavía es que lo hayan mandado a volar. A él: el señor maestría y doctorado.

El bramido lejano atraviesa la noche. ¿O será de día? La luz blanca titubea, pero vuelve y el elevador

sigue su marcha. Una mano benevolente lo salva de ir a dar contra el señor descompuesto y torvo del espejo; contra el suelo. El elevador, desciende. Él que tanto hizo por ascender, por convencer a los demás de que es digno de amor, desciende. La salida debe de estar en esa dirección.

Las puertas se abren y la luz queda atrás. El aire caliente del Egeo lo hace sudar. No obstante la borrachera, no deja de sorprenderle la cenestesia que producen estos hoteles gringos con sus atmósferas envolventes. La cuestión, ahora, es encontrar el coche. Le da un último trago y lanza la botella que va a caer a ninguna parte.

Mira hacia atrás pero no ve nada.

La culpa es de ella. La sonrisa demasiado convincente, propicia, confunde. El bramido está más cerca. Él no sabe bien si es su estómago vacío desde ayer, la rabia de saberse rechazado o el sonido que seguro viene de las bocinas ocultas en la oscuridad. Desorientado, sonrío. Dice, a los gritos, que esta vez el Jack sí le pegó. Ríe a carcajadas. Adiós al balance que tanto predica en su cátedra.

Adiós a todo lo demás.

Da, con las manos, contra unos barrotes delgados y verticales que le hacen suponer que tiene ante sí una jaula grande: lo que no sabe es si está dentro o fuera de la jaula. No queda más que averiguarlo, pero el bramido lo hiela. Su risa loca se apaga y es el jadeo febril lo único, ya, que percibe. ¿Qué está pasando? Algo pretende decir, pero el bramido al fin se come sus palabras.

La luz vuelve:

El teriomorfo más famoso del mundo se presenta esta noche y todas las noches del mes.

A

El acento demasiado de un sitio para ser de otro, o de ninguno, ya se escucha en el portal. Es la vaca sagrada a la que ha venido a ver desde muy lejos. Las manos se le enfrían de golpe. El de la barra va y luego viene: vienen todos. Un gusto. Y hay otro, cuyo libro se presenta hoy, a quien no habrá razón para recordar. Soy tu admirador, dice él, y le extiende una mano fría e infantil. La otra mano es cálida y segura de sí: es la mano de un hombre que vive de lo que escribe. Una capaz de hacer que la musa se venga en tinieblas.

Tripofobia

Seguramente no soy el único al que le pasa.

Y con mayor seguridad tampoco el único incapaz de relatarlo cabalmente. Pero igual aquí voy: abro los ojos en ese sitio en donde las paredes son muy altas y flexibles. Ondeán como banderas negras en una tarde de viento calmo, pero constante. Acuso el espanto original al sentir, más que saber, que estoy vivo. Al principio es una tenue desesperación que se manifiesta en la dificultad para respirar. La mayoría de las veces abro los ojos y frente a mí está una de esas dos paredes altísimas. Entre ellas, a la izquierda, hay un camino que no tiene fin y es probable que tampoco principio. Todo está en penumbras, pero hay unas líneas, una alusión más que líneas, que me ayudan a intuir los confines. Se trata de un lugar abierto, grande, atroz. Algo parecido a la equívoca frontera entre mar y cielo cuando intentas mirarla desde un acantilado; parecido pero en vertical. Tan grandes y hondas son sus dimensiones que el miedo sobreviene y mi respiración se vuelve más trabajosa. Es la respiración la que me conecta con la certeza animal de estar vivo. Saber dónde estoy o para qué son artificios, cosas superfluas, sofisticaciones, todas, de

orden secundario. Estoy aquí para fines anteriores. Aquí no hay sentido o razonamiento que valga. A mí qué me importa saber nada ahora que este sitio de tan abierto me da pánico o tan cerrado está que me ahoga. Lo que necesito es respirar porque cada vez es más difícil e intuyo que este aire pronto se convertirá en arena. Sobre las paredes aparecen ordenadamente pequeños puntos que lo mismo vienen del principio o del fin y se agrandan hasta convertirse en orificios circulares perfectamente horadados, iluminados y equidistantes. Orificios o simplemente puntos que supuran esa luz blanca que se va encendiendo, uno orificio enseguida del otro, hasta infectar las paredes. Si ya antes todo era superlativo ahora esta reacción exige otra palabra que venga y me ayude a relatar lo que sea que esté sucediendo. El patrón no para de reproducirse. La luz apenas deja al descubierto el linde de cada pared y el camino aún libre que hay entre ellas. No me veo, no me muevo, ni puedo hacerlo. Todo es esta enfermedad viral. Y la asfixia. Desde niño conozco ese lugar. A cada tanto me sacudían para traerme de regreso porque aún con los ojos abiertos no dejaba de ver aquella erupción repugnante. Con el tiempo he condescendido ante las explicaciones, todas ellas prosaicas, sobre el origen de

ese lugar o del dispositivo que me arrastra hasta allá. Angustia. Apnea. Asfixia. Todas son palabras que empiezan en la A y van hasta la A final y vuelven, del principio al fin, inversa y cíclicamente. Estoy vivo y la necesidad urgente de respirar lo confirma: aquí estás. Respira. O pide ayuda, animal. Y cuando el patrón se acelera y los orificios crecen sin llegar a tocarse, respiro frenéticamente sin conseguir nada. Ningún alivio. Ningún movimiento. Y es entonces que suplico desesperadamente que haya alguien más en el mundo y que venga en mi auxilio: ven. Sacúdeme. Me asfixio. Pero sólo me oyen hasta que mi respiración troca en ese atragantamiento último. Luego siento la convulsión y despierto en algún sitio donde las paredes son muy altas y el aire está compuesto por dos terceras partes de arena.

L

¿Por qué no empiezas por ahí? ¿A qué has venido? ¿Qué hay de malo en las razones que te han traído hasta acá?

Ponlo. No lo borres. No te acobardes.

La máquina

Obsesionado con salir adelante:

Me pregunto si se puede hacia otro lado. ¿Qué tal hacia adentro o, simplemente, salir para afuera? Hay que ser idiota para que un pleonasma te lo impida. Lo oigo repetir esas palabras y no puedo evitar sentir coraje. Lo entrevisto para el periódico de la facultad y habla de todo lo que ha superado para llegar hasta donde está. Hice tal cosa, les demostré tal otra, lo logré, afirma, y no puede ni quiere evitar esa sonrisita que acompaña su retórica. De verdad se la cree y tan lo hace que no escatima en afirmaciones. Se me escapa un suspiro. En esta relación asimétrica no me corresponde a mí suspirar, pero se me escapa. Después, propongo que nos tomemos un descanso. Tal vez es buena idea ir por un segundo café. A él no le hace gracia. Estaba en lo mero bueno y yo le he echado una cubetada de agua fría. ¿Quién soy yo para proponer? Mira el reloj de pared y me dice dónde está la máquina como si yo no lo supiera. Gracias, le digo. Él levanta una mano; una que muestra su palma y su bien educado desdén: no quiere ningún café o que no necesita que le dé las gracias. Me recuerda a mi padre. Sé que el coraje es por eso. Todos estos

vejetes tan seguros de sí y de sus palabras. Tan convencidos están. Oprimo el botón del café negro y la máquina hace un ruido, pero después nada. Oprimo y oprimo pero no. Él viene y lo resuelve dándole un golpe. Nunca falla, dice y me guiña un ojo. El chorro de café lo es todo: su vorágine sube hasta que el vaso de cartón se llena. Él vuelve a la silla, cruza una pierna sobre la otra y entrelaza las manos. Espera. Aspiro el café para llenarme de un olor distinto al de su suficiencia. Me siento frente a él, repaso el cuestionario, le formulo otra pregunta. Luego de pensárselo, responde. El movimiento elocuente de sus manos acompaña a las palabras. Él lo superó todo. Nadie daba un peso por él, dice, pero aquí me ves. Una silla que ha dejado de ser sólo una silla porque él, gracias a su magia hechiza, ha tenido a bien convertirla en algo más: la silla es su trono y desde ahí gobierna la facultad o el mundo entero. Por eso estoy aquí entrevistándolo. Pronto le van a dar otro reconocimiento y por eso estoy aquí. Le pregunto, finjo interés, tomo notas; todo lo anterior tratando de hacer que se sienta cómodo: que se dé, que hable, que diga lo que quiera. Las palabras, en cualquier rato, pueden y quizá deben ser usadas en nuestra contra. La máquina gruñe. Tal vez he abusado de la reflexión y eso ha

terminado por fastidiarla. Él sigue en lo suyo. Mañana o pasado sus palabras estarán en el periódico de la facultad y todos sabrán, los que ya lo sabían y los que no, quién es él. No me quiero imaginar al que pueda estar interesado genuinamente en estas palabras. El café de la máquina es malo. Pero algo necesito para tragarme todo lo que tenga que tragarme si quiero que él siga, a su anchas, llenándome la grabadora. Quien me mandó sabía lo que hacía. Me asignó esta entrevista para castigarme por tanta rebeldía sin causa, dijo, y por tanto sarcasmo. Lo cierto es que nadie quería entrevistar a este tipo. Y así como en la vida se debe salir adelante, para subir hay que hacerlo desde abajo y el editor ha dado por sentado, primero, que yo estoy abajo y, segundo, que quiero subir. No hay otro horizonte posible. Aquí me estancaré, dice; te quedarás viendo cómo te pasan por delante aquéllos que tienen otra perspectiva. ¿Otra? Se refiere a ese lugar desde donde habrá que mirar las cosas si quiero pensar lo mismo de las cosas que se miran. Por lo pronto, yo tengo que mirar a la cara a mi entrevistado y ponerle atención. Si alguno de los dos debe bajar la mirada, o desviarla, no puede ser él. Eso se sabe de antemano. Debo escucharlo y registrar cuidadosamente sus palabras. Los gruñidos de

la máquina, sin embargo, también reclaman atención. Otra vez le pongo pausa a la grabadora y voy hasta allá. Ahora es él quien suspira, pero como tiene el poder puede hacer lo que le venga en gana. Tal vez ha llegado mi turno de intervenir. Es verdad que la máquina funciona, pero quizá si yo quiero que funcione de otro modo, digamos, que no meta sus gruñidos en la grabación u obligarla a que dé buen café, quizá ha llegado mi turno: el momento de vencer mis propias resistencias y resolver lo que haya que resolver. En síntesis, eso es lo que este tipo ha pasado la tarde entera diciendo. ¿Qué tal si hago como que le creo? Mi mano derecha se transforma en un puño y con el canto golpeo, sin demasiada violencia, la máquina de café. Los gruñidos se detienen. Miro a mi nuevo mentor que me sonrío y no se olvida del guiño en el que ya hay una pizca de sincera complicidad. Nunca falla, le digo, y él lo aprueba: el índice de su mano derecha es un largo cañón percutido por el pulgar que me dispara, amigablemente, esa aprobación. Francamente no creo que entienda la ironía, en especial si no la hay, pero de que la sonrisa es casi otra, sí que lo es. Soy más que una silla y ya me veo como algo más que un suplente. Soy quien ha encontrado una fuente de inspiración en este idiota

cuyas palabras, mañana o pasado, aparecerán en el periódico de la facultad. ¿Hay algo más en lo que te pueda ayudar? Le digo que no estaría mal si me deja tomarme una foto con él. Y él, que no está para resistirse a estas cosas, se levanta y separa las manos abriendo entre ellas un hueco grande en el que cabe un rebelde sin causa o hasta dos si es que hubiera tanta gente que quisiera, en verdad, tomarse una foto junto a semejante tipo. Voy, me paro junto a él y mientras prepara su mejor sonrisa, agarro vuelo y le encajo un codo en el estómago. Si algo le he aprendido es que con un golpecito algunas máquinas puede que funcionen mejor. En la selfie sale medio doblado sobre sí mientras yo sonrío alegremente y, quizá, sólo quizá, un poco asustado de lo que vendrá. La vorágine sube hasta que el vaso de cartón se llena por tercera vez.

A

La vaca sagrada es un hombre que ha triunfado y que por ello supone la medida de todos los demás, pero que luce como el más ordinario de los hombres.

¿Qué esperabas?

Dilo.

Como sea, esto no tiene porqué leerlo nadie.

¿Qué esperabas?

¿Será que la primera impresión no te gustó? ¿Tal vez su aliento pesado, la sonrisa grumosa o el remanente de saliva en las comisuras de su boca? ¿Será el abrigo viejo y esos pantalones de pernera recta que lo hacen ver tan convencional, tan poca cosa, tan como tú? ¿O será que nunca te gusta nada y que las cosas sólo están ahí para devolverte la majadería de mirarlas con esos ojos?

¿A qué edad aprenderán a volar?

La veo haciendo malabares en el quicio de la ventana. Muchos metros me separan de ella. La niña explora el vacío mientras yo saco mi teléfono y la grabo. De qué te ríes, pregunta la tía desde la cocina. Y es hasta que la tía pregunta que soy consciente de que, en efecto, río. Ríos de sangre si todos, un buen día, decidimos saltar. De nada, le digo. Ya ves que estoy loquito. Ahora es la tía quien ríe. La niña se agarra con una mano y la otra, libre, la mueve en el aire. La tía me sirve un plato de lentejas. Escucho el clac del plato contra la mesa del comedor. De pronto viene, se asoma a la ventana y de reojo veo su extraña mueca tratando de hacer que los ojos le funcionen para ver de lejos. Su mueca no funciona. O funciona si el propósito es hacerme reír. ¿De qué te ríes, tú? ¿Qué tanto grabas? Nada. Grabo la hermosa mañana. ¿Hermosa? Ta'toda gris. La risa de la tía Martha debe escucharse a kilómetros. Quizá por eso ni sus hijos la quieren. Ya vente que se te enfrían las lentejas. Dice lo que dice y me acaricia la entepierna al pasar. Pero yo no quiero lentejas: quiero tomarle video a la niña. Sólo anda en pañales y calculo que debe tener dos o tres años. ¿A qué edad aprenderán a volar? La tía

arrastra la silla, se deja caer y aspira las lentejas. Un sorbido largo y luego otro. Los coches pasan, los pájaros vuelan, las lentejas resbalan por la garganta de la tía, como si nada. La niña da un traspié en el quicio y el estómago me brinca. Quizá siento una chispa de empatía por ella, lo que de ser así implica que ya estoy curado: que ya no tienen por qué encerrarme. ¿Qué hace esa niña ahí? ¿Dónde estarán sus papás? De seguro también se fueron. La tía se levanta y viene: busca y rebusca en la bolsa de mi pantalón. Ándale. Vente a comer que ya sabes que no te puedes tomar la pastilla en ayunas. ¿La pastilla? Pero si ya estoy curado. El aliento de la tía Martha es caliente y huele a lentejas. La niña junta las palmas de las manos; aplaude de espaldas al vacío y se vuelve a agarrar de la ventana. El quicio debe ser lo suficientemente ancho para que pueda andar de aquí para allá. Si me dan a escoger, escojo la caída. ¿Caída? ¿Cuál caída? Perdón, tía. Estoy pensando en voz alta. Estás loquito, hijo: eso es lo que pasa. Reímos casi con alegría. Tía: ¿te puedes mover tantito? Estoy haciendo un TikTok. La tía Martha hurga entre sus dientes con una uña y de mala gana se hace a un lado. ¿Qué tanto grabas? Las lentejas ya se te enfriaron. Tómate esa pastilla. A la que deberían enchochar es a la tía. Grabo a

la nieta de tu comadre. ¿A la nena? Sí, a la nena. Está a punto de caerse de la ventana. ¡No seas payaso! Río. La tía Martha asoma medio cuerpo por la ventana, pero la miopía es la miopía. Escucho el andar de sus chanclas alejándose a toda prisa por el pasillo. Va a buscar sus lentes mientras la niña gira sobre sus pies y me mira; mientras los coches pasan y pasan entre un edificio y el otro. La niña se agarra con una mano y con la otra me saluda a la distancia. ¿O será que dice adiós? Yo le devuelvo el saludo. Luego, pierde pie y cae. La tía Martha vuelve, se asoma, grita como una loca.

Es a ella a quien deberían enchochar.

N

Una mujer cruza la puerta y va directamente hacia ellos. Ya era hora. Luego de intercambiar algunas palabras escudriñan las mesas redondas, contiguas, y las sillas que empiezan a vaciarse. Algo murmuran y el desencanto en la cara de uno se contagia, como un virus, a la cara de los otros dos. Es la noche de nuestro libro, de nuestro gran libro que nos ha convertido en unos vulgares carniceros escribiéndolo, pero los de mensajería han tenido a bien equivocarse, no llegar, morir en un accidente de carretera. ¡Qué poca madre! El destino tiene un sentido del humor canalla. Más vale aprender a reírse con él.

Ellos también lo saben.

Dos tragos largos y las cervezas cada vez le duran menos. Espera que lo llamen pronto y si no de todos modos irá a sentarse allá. Está a punto de oprimir el botón y exigir otra cerveza cuando al fin la mujer sonrío una sonrisa que es para él. Como es recíproca, ella se pone de pie y es quien va de una mesa a la otra.

Alguna historia le cuenta con las eses largas y ensalivadas del acento andaluz. La sonriente editora de esos libros accidentados para la presentación de hoy.

Esas cosas pasan, contesta él, mientras ve la espalda encorvada del escritor de esos libros que no llegarán. Mal negocio lo de ponérsele al tú por tú al destino: siempre se lleva las de perder. Si te da la espalda y tú le devuelves la grosería, te la deja ir hasta el fondo:

¡Pinche sodomita!

Le convendría dejar de beber pero sucede otra cosa. La vaca sagrada y el otro van a su mesa y lo invitan a seguirla en algún rincón distinto en donde se puede hablar y beber Milnos mientras alguien toca el piano, las cuerdas o un saxofón. El libro, los libros no llegaron: vámonos al Bohemia.

Y ahí van, entre jijijí y jajajá, recorriendo los callejones granaínes hasta el Bohemia, la noche del veinte del cero dos veinte-veinte.

Jajajá, jijijí.

¿Un cuento sobre tender la cama?

Se lo pregunta en voz alta.

Tiene un tic en el ojo derecho y da un sorbo tras otro a la taza de café. Opino que la idea no es mala: para algunos no es cosa sencilla y puede ser asunto de vida o muerte. Él pone los ojos en blanco y suspira. Mi opinión no cuenta. Muy bien. Si fuera lo suficientemente escritor, él podría escribir de cualquier cosa, por ejemplo... Cállate ya, dice, y se golpea la frente con la palma de la mano. Luego, aprieta las mandíbulas y tacha, con furia, cada palabra. Le hace un hoyo a la hoja mientras se pregunta por qué escribiría un cuento sobre tender la cama. Dice que, por favor, ya lo deje en paz. ¿Pero yo qué? ¿Acaso soy yo el escritor? ¿Acaso yo lo inventé a él? El escritor eres tú. ¿Quién si no es el que sublima las trivialidades? Gruñe y hace bola la hoja de papel. La arroja tras de sí como no queriendo atinarle al bote de basura. Y no le atina. Ya son muchas las bolas de papel en el piso. Cuentos que no llegarán a ser. Lo miro: tiene los ojos cafés, largas pestañas, es un soñador. Su mamá tiene razón. Su novia también. Alguna cosa escribe en otra hoja de papel. Escribe, pero pronto se le acaba la inspiración. Un renglón o dos. Una descripción

inútil. O dos. Ahora mira hacia la blanca pared de enfrente. Se lleva la mano a la barbilla y detrás de los dedos queda media oculta la boca. Apoya el codo en la mesa. Ve pero nada ve. Se abandona a la contemplación de la pared. Está fraguando el cuento. O eso parece. Uno sobre tender la cama, le digo, pero me ignora por completo. Algo se le ocurre ahora. Encorvado sobre la mesa estampa sus palabras con horrible caligrafía. Algo pasa porque no sólo escribe de mala gana sino que encaja la pluma en el papel hasta hacernos trizas. Es tan violento su arrebatado que termina por hendir la madera y mancharse las manos de tinta ahora que ha roto la pluma. Agarra las tiras de papel y con ellas hace una bola comprimiendo de tal modo el espacio que ya pronto tengo sus nalgas en la cara y una pata de la mesa le sale por un ojo. Como puede, hace el último intento, pero tampoco le atina porque ya no hay bote de basura, cuento o quien lance la bola de papel.

D

Uno es el autor, otro el narrador, un tercero el personaje, dice la vaca sagrada. A él le gustaría agregar que hay un cuarto personaje que sale, que da la cara y dice las idioteces que luego hay que decir en toda entrevista pero que, en efecto, no necesariamente son el mismo; que a uno y otro se les confunde a veces, sí, pero que las más, al mirarse al espejo, toda confusión se disipa: la que ahí aparece es la cara del idiota engreído de siempre.

Le gustaría decirlo, pero no se atreve: no todavía.

La vaca sagrada y el otro se adelantan. La editora los disculpa: hostia, así somos en este lugar; siempre tenemos mucha prisa por llegar, dice. Al doblar en la esquina estas reflexiones siguen de largo y se cruzan con las que tienen que ver con las maravillas de no sé qué país y de tal o cual mexicana cuyo apellido nada mexicano figura en su catálogo.

¿Quién tuviera, al menos, uno de esos apellidos?

Todo está bien

Tiende la cama.

Luego de la primera taza de café si no lleva prisa; de inmediato si tiene que salir. El resto puede esperar, pero la cama no. Ese desorden particular lo pone de malas: es como si lo enfrentara a una parte de sí que prefiriera no ver. Mejor dejar la taza de café sobre el buró y en infinitivo empezar de una vez. En la silla se apilan las almohadas, las cobijas, las sábanas. Sacude. Que no queden cabellos ni nada. Ignorar las manchas en el colchón, un par de sacudidas más y mirar a los ácaros en el torrente de luz oblicua que se cuele entre las cortinas. Estornuda. Sin mucha dificultad coloca la sábana de resorte. Es cierto que hay arrugas que estropean la superficie y ciertos abombamientos a los lados del colchón. Pero él, que ya se la sabe, va hasta la cocina y vuelve armado con la cuña: ese viejo cuchillo que de tanto negarse a penetrar la superficie de las cosas ha perdido el filo. Mete la sábana entre base y colchón. Viene la otra sábana y hace lo mismo sin olvidar el dobladillo próximo a la cabecera. ¿Qué sigue? Ah, claro. El cobertor que se ha vuelto imprescindible desde que ella lo dejó. Liso y simétrico colgando a ambos lados.

Después el edredón gris; por último las almohadas. ¡Ya quedó! Su mamá estaría orgullosa. Aunque es cierto que a su mamá le gustaría más una colcha de flores o de animales. Pero ya no está. También se fue, aunque a un lugar distinto. Él toma la taza vacía y la cuña. Va a la cocina y vuelve con el café humeante que deja sobre el buró. Contempla su obra, pero hay algo que le hace fruncir el ceño. ¿Un cabello? ¿Una arruga en el edredón? ¿Tal vez un faldón más largo que otro? Gruñe. Sin más arranca el edredón y lo tira al suelo. Aprieta las mandíbulas, parpadea, un ojo se le pone más grande que el otro. Coge una almohada y con ella se tapa la cara mientras grita. De una patada saca al colchón de su base. Arranca el cobertor y se trepa de un brinco. Brinca encima con todo y pantuflas. Se deja caer y se queda en el borde de la cama, sentado de espaldas a la ventana. Solloza. Así hasta que todo pasa y la respiración vuelve a la normalidad. Se pone en pie, se limpia la nariz con un kleenex, se aclara la garganta. Suficiente. Mejor ir apilándolo todo en la silla. Sí, será lo mejor. Acomoda el colchón. Sacude mientras se va convenciendo de que todo está bien y de que no pasa nada: de que es mejor tender la cama antes que a la vieja loca se le ocurra castigarlo y ya no lo deje salir.

R

Milnos entre tanto algún negro hace lo suyo en las cuerdas y otro en el piano de cola; otros dos se ocupan de los vientos y alguno de ahogarse en el mar. En las paredes del Bohemia, recompuestas por la media luz, cuelga la superchería de un bar sin ventanas en donde nunca es de día y siempre suena una canción muy parecida a las de la noche anterior.

Ven

La primera vez que tuve sexo fue con un jabalí:

RODRIGO DE SOUZA LEÃO

La primera vez, como dice el señor del epígrafe, fue con un jabalí. Aunque no lo creas. Si te preguntas cómo se puede hacerlo con un jabalí, te diré que más que hacerlo, te lo hace. Te lo hacen. En aquel entonces yo más bien era pequeño. Lo más probable es que ni supiera qué estaba pasando, pero de que algo pasaba, eso sí lo sabía. O, mejor dicho, lo sentía: era esa sensación rara en el pecho y el estómago que luego bajaba y se te metía entre las piernas. Después de eso, ahí sí le creí al Jabalí cuando dijo que ya era grande. Fue en la casa de la abuela. En un sillón de la sala. Fue en diciembre o enero. No me acuerdo bien. Cuando le platicué esto al psicólogo me dijo que hay cosas que olvidamos para no sufrir. Bueno, yo me acuerdo perfectamente que fue en la sala. En el sillón que se hacía cama. No había nadie. Estábamos solos. Todo empezó cuando me llamó y fui: me acarició la espalda, me bajó el pantalón con todo y todo, y me pidió que me sentara sobre él. Fue todo. En diciembre. O en enero. Lo

sé porque estaba el árbol de Navidad. La primera vez se repitió y se repitió hasta llamarse segunda vez, tercera, y así tantas veces como te puedas imaginar. El árbol llegaba al techo y tenía una estrella dorada en la punta. Quizá fue en febrero porque luego nadie lo quería quitar y se quedaba ahí mucho tiempo. Sí, es cierto que la primera vez duele. Pero también es placentera. Ya luego las cosas son muy distintas. Comprender, si es que llegas a hacerlo, no es nada placentero. Todo lo contrario. Pero luego te acostumbras u olvidas. ¿Tú lo olvidarás o serás de los que comprende? A juzgar por tu espalda, parece que podrás soportar mucho peso y que lo comprenderás. No todo el mundo puede hacerlo, pero tú ya. Ven.

É

El escritor es tan ruin como el más ruin de los
carniceros: por ahí podrías empezar.

No, no lo borres.

Sin título

Él es el primero en entrar a la sala.

Al fondo hay un love seat y en corto se lo apropia. A su espalda, el ventanal cubierto por la cortina; de frente, sentados en la alfombra, nosotros. Le da un sorbo al vino y deja la copa sobre la mesita de centro. Se cruza de piernas, entrelaza las manos y comienza: los gatos. Suspiro sin querer.

Él, alerta, me mira.

Sagrados. Lo fueron, lo son, lo serán. Impecable conjugación. Que se dé. Hay en él, después de todo, cierta cadencia para decir las cosas: su parte más trabajada quizá. La parte amable de la mentira. La verdad, por el contrario, lo puro rocoso, está en esa necesidad animal de hablar y hablar. Hablamos de gatos.

Él habla.

Hago un esfuerzo por sobreponerme. Intento imaginar todo lo que dice: Primera Dinastía, delta del Nilo, mujer con cabeza de gato. Iconografía. Qué palabrota. Quiero interrumpirlo y decirle que me ha gustado; interrumpirlo y preguntarle si me la presta para tirar rostro. No me atrevo. Sólo Heródoto puede interrumpir a Heródoto, y yo no soy ninguno de los dos.

Las primeras reproducciones están fechadas en la Dinastía I; habla de Menes y de la unificación. Sugiere tener cuidado con las fuentes consultadas. Yo creo que quien debería tener cuidado es él, pero seguro sabe lo que hace: ella está fascinada. Más vino, por favor. Él le quita la botella de las manos y sirve. Mientras tanto nos regala otra perla: las viñas se cultivaban cerca de los límites de la inundación. Otra vez el delta. Todo lo sabe. La gata calicó de nuestra anfitriona se aparece por la sala. Nos regala su desdén y desaparece. Él vuelve, volvemos todos, a Mafdet. La diosa que nos protege contra los animales venenosos. La que imparte, también, la justicia. De eso estamos hablando.

Él habla.

Ella está poco menos que entregada a él. Las pupilas dilatadas: no lo pierde de vista. Me pregunto si sigo aquí. Ella sonrío: sus chistes le hacen gracia. Él se embriaga de esa atención. Yo busco la botella, pero ella se me adelanta y sirve. Primero él. Luego ella. Mi copa está vacía. No hay vino ni una mujer con cabeza de gato representada en su superficie.

Me duele, pero finjo que estoy por encima de estas cosas. Como Mafdet sobre el hombro de los verdugos. Me caigo mal por saberlo demasiado tarde.

Preferiría ser yo quien lo supiera todo. Ser yo quien ajusticiara a los demás con perlas de erudición o de cianuro; explicarles qué significa cada cosa tonta que se echan encima. No volveré a usar esta playera del Ojo de Thundera.

Que ya se calle, por favor. Ya la tiene en sus manos como la diosa el sistro y el ankh. ¿Quieren que me levante y me vaya? ¿Que los deje solos? ¿Puedo llevarme lo que queda de la botella? Se miran. Intento volcar las copas; gritar, pero ni yo me escucho.

La gata reaparece y maúlla. La cargo a riesgo de que me saque el corazón y se lo entregue, en ofrenda, al dios idiota de esta sala: ronronea. Ellos, más próximos, juegan con las manos. ¿Qué hago ahora conmigo? Me levanto y voy hacia el ventanal. Con la mano libre descorro la cortina y el espejo negro de la noche me devuelve una imagen: él.

S

Cuando dices lo del carnicero en la mesa y frente a los demás, te das cuenta de un par de cosas: una, que finalmente dijiste lo que dijiste; y dos, que a los otros no les gustó y ahora te sermonean por andar pensando en voz alta. Te lo buscaste así que pides otra Milnos, te acomodas en la silla y te dispones a escuchar, pasivamente, a la aristocracia literaria.

No les basta con tener el sartén por el mango, con ver su nombre publicado años tras año, con premiarse unos a otros por pensar lo mismo sobre las cosas que dicen pensar. No, no les basta. Hablan y hablan, se hacen escuchar, se arrebatan la palabra hasta que las botellas se vacían y a la noche se le va el gas.

El comentario anodino de la sonriente editora presupone el final.

Macaria

Estoy sentada frente al espejo esperando a que me salgan las canas. La otra noche, mientras cenábamos, mi madrina me encontró una en el fleco. Dice que no hay nada peor que le pueda pasar a una mujer. Ella se las tiñe con esos rojos que tanto le gustan. Mi cana es blanca o más bien como plateada. Menos mal. Las canas amarillas le dan asco a mi madrina. Eso dijo mientras fruncía la boca y me la arrancaba con unas pinzas.

Felipa dice que no debería hacer eso. Que las canas son destellos de sabiduría. Pero mi madrina truena la boca y dice que qué sabiduría puedo tener yo. Y sí, digo... no, supongo que no. Mi madrina es la sabia de la casa. Aunque, aquí entre nos, yo prefiero a Felipa. Ella es la que me da de comer lo que me gusta. Cuando mi madrina se va al banco o duerme su siesta, Felipa y yo vamos a mi cuarto y me da cosas ricas.

Cada primero de mes mi madrina va por su incapacidad. Luego vuelve y se encierra en su cuarto. Yo pego mi oreja a la puerta y la oigo contar el dinero en voz baja. Uno, dos, tres, y así. En la cocina le da algunos billetes a Felipa, pero antes se moja la punta de los dedos y se los va pasando uno por uno. No vaya ser que

estén pegados, dice. Con lo caro que está todo. Con lo inútiles que somos Felipa y yo. Felipa me cierra un ojo y sonrío.

Quién sabe cómo le hace, pero siempre trae chocolatitos. Ella dice que estira el dinero.

Una vez yo lo intenté, pero rompí un billete y mi madrina me pegó. Sólo quería estirarlo, le dije, pero no me creyó y me dio de bastonazos. Chamaca idiota. Ya me tienes harta, me gritó. Felipa me llevó a mi cuarto, me quito la ropa y me sobó. Sentí muy rico. Después, me dio un chocolate. Nomás no le digas a nadie, mijita, y te doy más chocolates luego.

Yo aprendí a sobarme sola.

Pero Felipa se dio cuenta y me dijo que no; que eso no era para andarse haciendo así nomás. Y es que de repente me daban muchas ganas y lo hacía a todas horas y en todos lados. Felipa me dijo que si mi madrina se daba cuenta me iba a dar de bastonazos otra vez. Mejor yo te ayudo cuando se vaya al banco o cuando se duerma. Además, acuérdate de los chocolates. Así me convenció. Y aunque a veces me dan muchas ganas de sobarme, nomás me siento, cruzo las piernas y las columpio hasta que se me pasan. Felipa me mira y se pone un dedo en la boca como para que no diga nada. Y

no, no digo nada. Ella es muy buena conmigo. No es de la familia, pero aquí está todo el día. Se la pasa barriendo y trapeando mientras mi madrina se depila las cejas o ve la televisión. Los sábados lava la ropa y es ahí cuando se da cuenta de que a veces no me puedo aguantar las ganas. Mira nomás estos calzones, me dice. Y yo me río. Lávate las manos antes, chamaca. O de plano bájelos pa' que luego no me cueste tanto trabajo quitarles la mugre.

También así se dio cuenta de lo del padrecito:

Los domingos venía a comer después de misa y se sentaba a ver la tele con mi madrina. Cuando ella se quedaba dormida, el padrecito decía que me iba llevar al cielo y me sobaba muy brusco y luego yo lo sobaba a él. Felipa se dio cuenta porque un día mis calzones estaban todos embarrados. Y ora qué es esto, dijo. Yo nomás alcé los hombros y me tapé la boca con las manos. Ella rascó la mancha, la olió y peló los ojos. Yo me reí y me hizo cosquillas hasta que le conté todo. Si sigues jugando con él ya no te voy a dar chocolates. Y como el padrecito no me daba nada y nomás se hacía pipí, ya no dejé que me llevara al cielo.

Desde entonces ya ni viene.

Felipa y yo somos felices. Yo me como uno o dos chocolates todos los días y mi madrina ni se da cuenta. Se la pasa viendo el programa de la Doctora Polo hasta que se queda dormida. Así desde su accidente. Felipa y yo estamos toda la tarde en mi cuarto y luego se va a su casa. Se despide de mi madrina hablándole bajito al oído y ella salta en el sillón. Sí, sí, dice mi madrina a lo puro menso. A mí me da mucha risa, pero Felipa se pone un dedo en la boca y me pela los ojos. Sé que ella también se ríe pero disimula.

Sí, sí. Nos vemos mañana, dice mi madrina cuando por fin se despierta. Luego Felipa le recuerda que al día siguiente es domingo y que ella los domingos no viene. Sí, sí, hasta el lunes. Ya, lárgate, le dice. Cuando se va, mi madrina y yo cenamos las dos solitas en la cocina.

Así estábamos la noche en la que mi madrina me llamó. Se puso los lentes, me pidió que agachara la cabeza y me espulgó. Ya estás vieja, me dijo. Luego, sentí el jalón. ¡Ahuuu! Ahora estoy sentada frente al espejo esperando a que me salgan las canas. Mi madrina me dio unas pincitas para que cuando vea una me la arranque. Dijo que si no me pongo viva me va a tener que pintar el cabello de rojo, pero yo no quiero. Felipa tampoco. Dice

que mi cabello es más bonito así como está. No me ha salido ninguna cana en todo este tiempo.

Lo bueno es que mientras puedo columpiar mis piernas y comerme uno de los chocolates que Felipa me dio.

N

Acercarse tanto a estos animales siempre ayuda a mirar en carne viva eso a lo que se aspira cuando uno está de este lado de la mesa, o de la vida.

Otro comentario anodino: bórralo.

El regalo

*¿Qué son nuestros pensamientos sino
conversaciones con los muertos?*

LA CHICA LLAMADA CUERVO

Un rayo de luna baja sigilosamente la escalera. Luego rueda por el suelo dejando su rastro al atravesar la sala. Descalza lo sigues para ver hasta dónde quiere llegar. Al entrar a la cocina el rayo de luna se amalgama con esa otra luz de la campana extractora. ¿Fuiste tú quien la dejó prendida? Es probable. Desde que ella murió es mejor que la oscuridad no sea tu única aliada. El aire frío mueve las cortinas. Un movimiento delicado que alcanza a rozarte con la yema de los dedos. Te frotas los brazos y vas a la ventana:

La silueta nocturna de las macetas, la mesa redonda y tu silla; por encima la sombrilla abierta y detrás el espigado ulular del pino chillón. La luz dentro y la de afuera estrechan lazos y le dan fisonomía al rostro de quien sea que esté sentada en la silla. Ella abre grandes los ojos de mineral incandescente y te devuelve la mirada. Sabes que no estás loca: que, en todo caso, son los demás quienes no la ven. Giras sobre tus pies, vas

hasta la campana y oprimes el botón. El clic te deja a oscuras con el susurro de tus pensamientos más íntimos.

Vuelves y te asomas, pero ella no está.

Suspiras.

Tu poder no se reduce a ver lo que otros no pueden. El dolor por la pérdida, el discernimiento después, la certidumbre final te ha vuelto la que eres: lúcida, intuitiva, despierta; cada vez más distante y reservada, sí, pero si hay que hablar, no te tiembla la voz. Incluso si tienes que hacerlo con quien nadie quiere hablar. Sé que estás ahí, dices. Y quien sea que ahí esté se restriega contra tus tobillos. Un escalofrío te recorre de abajo arriba. Será mejor ir por unos calcetines, piensas, mientras atraviesas la sala. Subes los trece escalones acompañada por la luna.

Su influencia te ha ayudado más que cualquier frasco de pastillas.

¿Quién iba a decirte que al tirarlas a la basura ella volvería?

Todavía te acuerdas de esa noche: alguna pesadilla tenías cuando la caricia áspera de su lengua te despertó. Por la manera en que te habitaba, deslizándose bajo las cobijas hasta llegar a tu

entrepierna; por la forma en que se apropió de ti supiste que era ella. El olor ferruginoso de la sangre y la lluvia lo mojaron todo luego de que te vaciaste en aquel gemido largo. Nada más placentero desde entonces que sus visitas catorce días después de cada ovulación. Alimentar esta alianza con tu sangre le ha devuelto la vida y a ti las ganas de vivirla.

¿Pero quién iba a decírtelo?

Encajas el talón al borde de la cama mientras te pones un calcetín. No terminas de ponerte el otro porque ella se mete bajo el vértice de tu pierna y pega su nariz justo ahí donde sabe que a ti te gusta más. Clavas ambos talones en el borde y apenas levantas la cadera: te bajas el calzón que al bajar más bien sube por tus muslos hasta quedarse atorado a medio camino. Ni más allá ni más acá. Ella te conoce bien y sabe cuál es el punto exacto donde debe pegar su nariz fría y herirte con su primer lengüetazo. Ahí. El roce exquisito del pelaje contra tu piel exagera el ulular del pino y hace que las cortinas se abomben. El calcetín a medio poner termina de caerse cuando tus dedos se crispan y tus sábanas blancas se manchan de brea. Su lomo arqueado y el rabo enhiesto quedan expuestos a la mirada de cualquiera que los pueda mirar. Tú puedes, pero ahora

mismo tienes los ojos cerrados. Ella salta a un lado y te deja ser. Cuando al fin giras de costado y abres los ojos, la miras relamiéndose los bigotes en un rincón. El fuego mineral de sus ojos alumbra el largo de cada bigote y la voluptuosidad de su sonrisa. Tú también sonrías. Descalza, desnuda, vas a la cocina. Parada de puntitas abres la alacena y sacas el plato redondo y uno de los sobres. El de carne sanguinolenta es su favorito. Lo vacías en el plato y lo pones sobre la barra: contra la luz del patio la miras comer. Su lomo ondea cuando la acaricias.

Se escucha el clic de la campana y se prende su luz. Tus pensamientos te dicen que la próxima vez no vendrá sola. Cierras los ojos e imaginas el regalo que será esa experiencia tumultuaria. Ya puedes sentir el vivo ardor de tantas lenguas al agasajarte completa. Abres los ojos y suspiras. La sangre que escurre por tus piernas alimenta el rastro de luna que atraviesa la sala.

E

Si tuvieras el coraje, o una editorial, también darías sermones:

1.- Mucho más urgente que despertar al lector, es despertar al escritor.

2.- Hay dos tipos de escritura: la que viene de la burbuja de nuestros privilegios y la otra.

3.- Quien escribe lo hace desde un ángulo frente al acontecimiento: no importa qué tan omnisciente se crea.

4.- Toda buena escritura, antes que crear una buena ficción, debe crear una estupenda incomodidad.

5.- La extrema libertad de un libro se mide con uno de estos dos parámetros: que se publique así sólo sea por el apellido o que se vaya a la basura aun teniendo algo importante que decir.

6.- La ausencia de grandes personajes engendra al Gran Personaje: el yo que al narrarse se destruye, o viceversa.

7.- El silencio es la forma más depurada de la escritura.

¿Puedo hablarte de tú?

Una orilla, un epígrafe, alguna pregunta retórica: si no zarpas desde ahí te pierdes. A menos, claro, que de eso se trate. Entonces no hay orilla y se vuelve difícil, por no decir imposible, saber de dónde vienes ni de dónde han salido estas palabras que, como tabla de salvación, te mantienen a flote. Esto que escribes aquí es algo, ya, aunque no se tenga claro qué. Para algunos no existe la posibilidad del después sin la de un antes. ¿Cómo interpretarlo? ¿Cómo anticiparse al después en estas circunstancias? Estas palabras no parecen tener un rumbo: flotan, flotamos, ¿a la deriva? Este plural puede arrastrar a quien lea aunque no tienes muchas esperanzas. Tampoco deseos. Ya nadie lee y entiendes porqué. El libro en mano fue un arma del colonizador tanto como su espada o la viruela. No sería raro sentir ese miedo atávico por el libro y por quien lo blande con supuestos motivos civilizatorios. De eso tenemos bastante. ¿Por qué hacer libros cuando nadie que se respete cree ya en sus fines? Aquellos supuestos siguen ahí enmascarando los intereses de quien lo mismo blande libros, viruela o espadas. El vaivén es propio de la corriente. Luchar contra ella sólo acelerará el

cansancio, tu hundimiento. Sobre todo si luchas solo. Especialmente si lo haces. Por eso deberías dejarte llevar sinceramente y escribir algo que tuviera orilla, origen, algo. Y si es legible, qué mejor. A estas alturas ya nadie debería seguir este llevarse dejar. Y estaría bueno porque así nadie se daría cuenta que invertiste las iniciales diecinueve y veinte palabras atrás. Con tal certeza en mente es más fácil escribir lo que te venga en gana, lo que te salga de las pelotas, nunca más oportunas si lo que quieres es mantenerte a flote. Nomás habrá que amarrárselas bien para no sucumbir. Aguantar porque la lucha, a veces, tendrá que ser en solitario. Pero es en solitario cuando podemos ser sinceros con nosotros mismos: cuando podemos hablarnos de tú a tú. Es la certeza de que nadie llegará hasta acá lo que te lo permite. En este en medio todo se vale. Puedes confesar un crimen, dos; puedes gritar porque te abrumba esa soledad de la que tanto te ufanas, puedes llorar a gusto ya que no sabes llorar frente a los demás y, mejor aún, puedes escribir cualquier cosa que no tenga, necesariamente, un antes. Y si en verdad es verdad que las repeticiones deliberadas tienen su encanto y sin el antes no puede haber un después, entonces, has dado con una lengua de tierra en medio de la nada. Un banco

de basalto, lodo y espuma que te permitirá un respiro. Sobre todo cuando pares de llorar y de gritar y de suplicar que todo el mundo te ame así como eres o que se vaya a la mierda. Lo paradójico es que eso que sientes por ti tampoco es exactamente amor y por eso te has mandado lejos sin saber ni a dónde vas. A la mierda, quizá. Te lo prometo, dicen ahora. O te amas, dices, pero tu amor no es facilón, edulcorado o edificante. No por fuerza. Eso quieres creer. Mientras tanto te haces una cacofonía y un ovillo: miras el horizonte que tampoco te quiere sonreír. Hay algo severo en su semblante. Tal parece que el horizonte escribe libros también; de esos que sí se venden, que sí tienen un principio, un en medio, tal. Nada que ver con este vaivén insufrible que te has impuesto tratando de convencerte que es amor propio lo que te impulsa y, peor, la dignidad. Estás ahí, hecho un ovillo, atrapado en los pocos metros de esa tu gran dignidad. Escribes, sí, pero nada complaciente. No te lo permites cuando bien harías en reconocer que no lo haces porque no te sale ya. O porque nunca te salió y lo mejor que pudiste hacer fue aislarte y culpar a los demás. El horizonte finalmente sonrío y aunque esa mueca espantosa no vaya dirigida a nadie, tú se la devuelves confiado de que no cederás a la tentación de

escribir libros ni de blandirlos porque no tienes un fin constructivo detrás. A nadie quieres colonizar y menos a tu propia persona. Escribo porque... No. No te quieres decir una mentira más. Escribes. Punto. Si alguien llegó hasta acá, compadécelo. Pue-que también esté extraviado y necesite la compañía nunca tan comprensiva como la de otro solitario. Ya que si esto se vuelve libro y tú sales con tu carota a difundirlo, que te den por desleal y ojalá revientes de tanto lodo que tendrás que tragar. Que nadie vuelva a leerte. No quien hubiera valido la pena que te leyera: aquellos que no buscan otra cosa en los libros que un remanso, un banco de basalto, una tablita de salvación antes que un horizonte amigable, un destino, la otra orilla.

U

Tú sabes que no hay un gran escritor debajo de ese apellido que suena al de cualquiera: que hay mejores y hay peores escritores, y ya está. Te lo acaban de explicar. Es la cadena alimenticia, dicen; Darwin y su selección natural. Es la mentira del esfuerzo que se repite hasta volverse una verdad más. Es que la canción de siempre es buena y las Milnos saben a leche de vaca sagrada. Deja que sean ellos los que hablen y que sean otros los que se ocupen de escuchar, de asentir, de callar.

Por ejemplo, tú.

Hablar, interrumpirlos, te expondría a otro sermón o a algo peor. Prefieres meterte en el papel del viejo asceta y fingir que estás por encima de estas cosas. No me afecta, te dices mientras haces pipí, pero sí te afecta.

Ponlo.

Aquí no hay advertencia

Se desata el infierno: ora aquí, ora allá. Esos dicen los encabezados. Como si el infierno no anduviera desatado desde que él tiene memoria. Como si él mismo no anhelara la oportunidad de convertirse en su lugarteniente. Le da un trago a su café y desliza la pantalla hacia abajo. Nutrirse de amarguras desde temprano lo prepara para su debut. Que si un perro pasea por las calles con una cabeza humana en el hocico; que si un estudiante perdió la cabeza y masacró a la mitad de la clase con un rifle de asalto; que el siguiente link contiene imágenes explícitas así que lo mejor será tener precaución. ¡Qué tontería! Luego del doble click aparece un hombre hincado y con las manos amarradas a la espalda mientras el que está de pie, atrás, le corta la garganta con un largo cuchillo hasta decapitarlo. La súplica gutural se ahoga en el mar de su propia sangre. Ahora la cabeza cuelga de una mano que la sostiene por los pelos y el cuerpo cae mientras se vacía por completo en el suelo. Si lo desatan quizá pueda levantarse, tomar su cabeza entre las manos y practicarse una felación como él vio en alguna película que lo hizo reír a carcajadas. Antes de llevarse la taza de café a la boca,

sonríe. Ya está entrando en el mood. No es la risa brutal de aquella vez. Sólo es esta sonrisa que le hace un hoyuelo a la comisura derecha sin apenas mostrar los dientes. El café es bueno, amargo, tan robusto como el chorro de sangre que ya quedó atrás o, más bien, abajo. La misma dirección en la que Doré, Virgilio, Dante y Bertran participan de aquella escena archiconocida. El infierno de aquí también es en alta resolución: una competencia digna. Él desliza la pantalla. Su creencia es tan falsa como simple: basta ver la magnitud del infierno que se desata todos los días para entender que sus tropelías apenas significan nada. Bertran, Dante, Virgilio, Doré, tropelías. De nuevo la sonrisa le ahueca la comisura derecha de la boca, pero apenas se deja engañar. Sabe que hacer contrapeso entre sus aficiones grotescas, sus eufemismos y sus referencias en nada lo disculparán. Es tan responsable del infierno como cualquier otro, pero qué se puede hacer. ¿Sumarse al bando de los buenos? ¿Salvar los ríos y los bosques? ¿Adoptar perritos sin hogar? Hoy es el día de darle otra inteligibilidad a esa adopción. El debut es hoy así que él deja los descabezados y por fin entra al grupo de intercambio en Telegram. Desliza la pantalla y encuentra un nuevo video. Aquí no hay advertencia. Si

estás aquí es porque quieres ver. Si estás es porque harás tus aportaciones. Como mínimo videos inéditos, criptos, tus propios videos. Algo hay que dar a cambio. Y él dará. En tanto que quiere recibir, dará. Tendrá que desfigurar, mutilar, lo que le pidan. El infierno existe: es aquí y es ahora. Lo mejor es no fingir demencia: no ante sí. Hace rato que ha cruzado la línea así que ya no tiene sentido hacer como que no sabe. El último trago le llena la boca de una deliciosa amargura. Un trago muy oportuno porque tiene la boca seca. Es esa lujuria que lo desnuda por completo. Da click sobre el video y sobreviene la erección. Qué rico. Cómo aúlla. Cuánto sangra. ¿Te gustó? Mucho, responde él. Ahora llega su turno: el momento de su debut. La contraprestación, el intercambio: primero déjame ver qué tan dura se te puso. Con la izquierda sostiene el teléfono mientras se toma la selfie. Le piden video o, mejor, ya de una vez el en-vivo. Cuchillo en mano baja la escalera, abre la puerta y prende el aro de luz. Bertran y los otros siguen tan embozalados que quizá no necesite poner música de fondo. Atornilla el celular al tripié, contesta la llamada y el infierno se desata: ora allá, ora aquí.

M

Te digo que me ha faltado voluntad para lo del libro, dices, sin saber a quién se lo estás diciendo:

Y es verdad, pero como a estas alturas ya debes saberlo, no es toda la verdad. Hay obstáculos siempre. Entre los falsos escrúpulos y las sospechas que uno alberga sobre uno mismo, te vas vaciando de anhelos como lo hace quien va preparándolo todo para no abrir la boca nunca más. Pero eso tampoco es toda la verdad. Ese libro no se empieza a escribir porque, entre otras razones, quiere decir cosas que no dicen nada. Es puro ruido y muchas de las cosas que me preocupan no están allí. Una de ellas, que en parte está y no está, es la del poco valor que le voy encontrando al solo acto de escribir. El silencio también sabe hablar y, en muchos casos, dice mejor las cosas.

Hay un viejo lúcido y ejemplarmente silencioso que todas las mañanas hace de la banca de un parque, su trono. Viste de blanco, trae esos tenis nunca demasiado limpios; es flaco, de cabello largo y lacio que revuela en las mañanas de viento como en un comercial de champú. Su trono es una banca de la Placeta de Carvajales, como podría ser la de cualquier parque, y

desde ahí se gobierna y lo gobierna todo. Sonríe sin ironía y tiene un diente áureo que contrasta con su piel oscura; te devuelve el saludo si antes lo saludas y te comparte algo de lo que sus ojos encuentran en el horizonte.

Otra luz ilumina el rostro de los que han dejado atrás todo anhelo. Es tan grande o tan insignificante que nada parece inquietarlo ya. ¿No te parece que algo así es aún más espléndido que los palacios nazaríes del horizonte? Debe haber buenas razones para callarte de vez en cuando. Seguro una de ellas es la confianza en que las cosas seguirán su curso incluso si uno se desiste de nombrarlas. ¿Será que el mundo puede seguir girando aunque yo no le diga lo que pienso de él? No sé tú, pero yo quiero averiguarlo.

He visto a otros atragantarse luego de llenarse la boca. Eso pasó con alguno al que no quise escuchar más. Se lo dije y primero me sermoneó, luego, quiso castigarme. Tropezó con sus propias ínfulas y fue a dar al suelo. A él también le tengo gratitud porque a su modo algo me enseñó: quizá a no tener mayor convicción que la de saber que será suficiente con decir lo esencial y, las más de las veces, lo esencial será decir nada.

Te preguntará qué libro puede salir de ahí. Yo también. Escribirlo, si se da el caso, no comporta la obligación de dárselo a leer a nadie y aún si lo haces, no necesariamente alguien lo leerá. Estar tan enfrentado con las cosas es casi una adicción y a veces uno vuelve y no vuelve de esos lugares a los que siempre vuelve.

Así que sé comprensivo.

Hay un viejo sonriente que contempla los azulejos infinitos del horizonte desde la banca de aquel parque. Si una mañana soy yo al que ves ahí, saludame. Con la serenidad del que ha logrado sobreponerse a todo, te devolveré el saludo.

Ajolutito

Cien varos no son nada.

Ya antes le había robado sus sueños, entonces, qué podría significar esta cantidad para él. Desde que era chico le robaba. Aún hoy, cuando definitivamente somos más parecidos que nunca, sigo agarrándole dinero de la cartera. Somos padre e hijo aunque a estas alturas ya no se sabe quién es quién.

Él quería ir a la universidad y convertirse en alguien. Siempre lo dijo, pero mi versión seminal nació del punto A al punto B y, sorry, él tuvo que abandonar sus sueños y ponerse a trabajar. Si yo estuviera en su lugar, también tendría resentimientos contra mí. Pero el derecho a tener resentimientos es de los hijos.

Vivir bajo el mismo techo, ya viejos, es toda una prueba de que el mal existe. Aguantar al viejo y cargar con mi propio fracaso, aguantarlo y vivir la contingencia de ser un cincuentón sin oficio ni beneficio; aguantarme las ganas de ahogarlo con la almohada mientras enfrento las consecuencias de no haber hecho nada en la vida son la prueba.

No sé si resistiré.

Mi coartada siempre ha sido que quitarse la vida es tomarse las cosas demasiado en serio. Además, cómo voy a matarme a estas alturas. O a él. En diez o veinte años las cosas sucederán solas, y listo: podré dejar de quejarme. Lo que aún no sé es a quién voy a robarle cuando me quede solo. Pero lo que realmente quisiera saber es si llegaré al final siendo igualito a él:

¿Empezaré el día resoplando, gruñendo, renegando de todo? ¿Me quejaré de la espalda, de las rodillas, del calor o el frío? ¿Saldré de la cama, me pondré las sandalias, iré al baño a hacer unas gotas de pipí mientras se me escapa un pedo? No creo que haya nada que pueda evitarlo:

La paternidad es una pesadilla de la que ya no puedes despertar.

Me hice la vasectomía hace años con la esperanza de no heredársela a nadie. No funcionó. Viví con una mujer que ya tenía dos hijos y jugué al papá sin querer. Lo hice como había visto a él hacerlo y todo terminó mal. Di tumbos por aquí y por allá, en duelo, y volví a casa de mi padre.

El trabajo en la universidad no da para mucho: ninguno lo hace. Y si resulta que sí, no queda

tiempo para vivir. Ni ganas. Se lo explico al viejo, pero no entiende nada. Mira lo que tengo, dice, volcando las palmas de las manos hacia el cielo para abarcar todo lo que tiene: un lugar dónde caerse muerto.

Todavía baja la escalera con decoro. Va hasta la cocina, llena el pocillo, prende a la estufa. Cruza algunas palabras con el gato mientras le sirve de comer. Así todos los días desde que se pensionó hace veinte años. Cuando menos él tiene eso. Yo ni pensión voy a tener. ¿Qué va a ser de ti?, me pregunta.

Sube la escalera y va hasta su baño. Se queja de que el agua caliente no sale en su lavabo. En realidad prefiere calentar sólo un poco en el pocillo para ahorrarse gas. Todo está muy caro y tú, hijo, con esos trabajitos, no sé qué vas a hacer. Ya somos dos. Aunque, a juzgar por lo que veo hacer a los demás, creo que, a la larga, voy a morirme.

No se lo digo porque no tiene sentido del humor.

Pero antes de morirme quizá me lave la cara con agua fría o a lo mejor ni me la lave. O con un poco de suerte me voy antes que él.

¡Quién sabe!

La vez que me iba a morir, él no podía dejar de llorar: doblado sobre sí en la silla del cuarto de hospital se tapaba la cara con ambas manos. Tuve que arrancarme los sueros, salir de la cama e ir a consolarlo. Estoy bien, le dije. Estoy bien. Y sí lo estaba: aburrido de vivir, pero de eso nadie se muere.

Llena el lavabo, azota el pocillo vacío contra el suelo, se lava la cara: baño ruso. Cara limpia, cuerpo sucio. Ése que tantos fantasmas alberga. Como la que solía enseñarnos a mis hermanos y a mí cuando éramos niños. Cuando se lo dije me corrió de su casa. Más tarde encontré a una mujer con hijos, vivimos juntos, también se las enseñé.

¿Por qué nunca me acusaron?

No lo sé.

Pero aún hay tiempo.

Aunque somos tan insignificantes que ya nadie se acuerda de nosotros. ¡Bendito Dios! Nos hacemos compañía, intentamos en vano despertarnos de la pesadilla, nos dejamos consumir por nuestros fantasmas. El cuerpo sucio. La cara limpia. Eso es lo que importa. Siempre limpia.

Salir a la calle con esa cara. Ir por el pan y el jugo, volver. Hijo, ya vamos a desayunar. Sí, ya es hora.

Me toca a mí salir de la cama, quejarme y resoplar; me toca lavarme la cara, bajar la escalera con decoro. Huevos estrellados, pan dulce y café instantáneo. Mañana, hoy, ayer. Repetir esta rutina hasta que nos salga con los ojos cerrados.

Alguna vez deberíamos saltar de la mesa, echarle los brazos a hombro al otro y dar un paso a la derecha y otro a la izquierda mientras movemos la cadera y hacemos que nuestras bergas giren al aire. Pasito a la izquierda y luego a la derecha. Uno, dos; uno, dos... ¿De qué te ríes?, me pregunta.

No, de nada.

¿Hoy trabajas?

Sí, ya sabes que todos los días voy un rato a la universidad, le digo. Ok. A mí me hubiera gustado ir a la universidad, pero la vida... Eso dice mientras remoja el cacho de bolillo en la yema insípida. Miro cómo se ausenta, cómo revive su historia, cómo la yema gotea sobre el plato.

Come: se te va a enfriar, le digo para que vuelva. Ah, sí, responde.

Come, termina, barre las migajas con el dorso de la mano. Pásame tu plato. Ahora los va a lavar. No sin quejarse de las rodillas; no sin arrancarle chillidos a la

silla al levantarse. Va a la cocina y deja su cartera en la mesa. Él no era de éstos, pero ahora sí. Se le empieza a olvidar todo o hace como que todo se le olvida.

Tal vez quiere que todo se le olvide.

¿Qué son cien varos?

Quería ir a la universidad pero un pescadito o más bien un ajolotito nadó velozmente del punto A al punto B. La música suena, lo alcanzo en la cocina y le echo los brazos encima: movemos la cadera mientras sonreímos con la verga al aire: uno, dos; uno, dos... así hasta que el vértigo me hace dar de gritos.

Despierta, ya vamos a desayunar.

¿Qué?

Vente, dice mi hijo.

Despierta.

A

Te invitaron a beber pilsners 1925: no para escucharte.

O tal vez el instinto te hace callar y así evitas ser tragado vivo por el animal sagrado. Quizá tienen razón y la buena escritura no tiene nada que ver con el apellido ni con el color de piel. La mentira de la selección natural es verdad. Hay buenos y malos escritores, y ya está.

Ahora bórralo todo y empieza de nuevo.

Escribir mal

Mil maneras.

No, menos: dos mil. O las que le quepan a la página, las que aguantes como lectora exigente, las que pueda permitirme. Sí, mil. ¿Porqué no? Ese porqué debería ir separado, primero; entrecomillado, después. ¿Por qué? Son las reglas: sepáralo. Pero no me da la gana. Ese porqué tiene apegos. ¿A quién le importa si son malsanos? Déjenlo en paz. Pero el editor es el editor. Ya no tarda en asomar la nariz por aquí: ése que sí sabe escribir o que al menos eso cree. Tampoco le va a gustar la tilde sobre la “é”. Es su problema. No el mío. Yo sólo escribo. Bien o mal. Eso qué. Que me regrese el texto si quiere, que me ignore, que nunca lo publique. Es su poder. Por eso edita. Si fuera escritor, escribiría. Aunque lo hiciera mal. Le importaría muy poco la tilde, la separación, los apegos. Escribiría. Pero el editor no puede ponerse a salvo de su propia mentira: arruga la nariz con el pleonasma, resopla por esto y por lo otro, descarta el texto sin haberlo leído. De cuando en cuando recibe su recompensa, por ejemplo, tu aval. Y es que dice que lo hace por ti: la lectora exigente. Y la lectora exigente, pulgar arriba, extiende su aval. Estos ires y

venires de los que está hecho el contubernio. ¿Verdad que es bueno, que vale la pena? Sí, dices, y compras el libro, la revista, tal y tal. Rara vez lees lo que compras a menos que tu exigencia tenga apegos. Ya sabes: convencer a los demás de que lees, convencerte a ti misma de que sabes leer, leer alguno de los libros que compras por montones. Muchos apegos. Podrías ser editora. Y ya encarrerado el gato, escribir. ¿Porqué no? Imagínate: cautivarnos con tus aventuras en tierras lejanas, con alguna novela de misterio, con otra que exhiba sin pudor tu empatía por el prójimo. Ya tienes la casota, los carros y el marido, los hijos güeritos. ¿Qué te falta? El nimbo que sólo te da el ser escritora. ¡Imagínate! Rica ya eres, pero ahora escribes. Seguro que lo harías bien. O no, pero tu amigo el editor no se lo pensaría dos veces. Un cálculo rápido le confirmaría que es buen negocio. Una lectora exigente es amiga de otras lectoras exigentes de modo que si lanzas tu primera novela seguro tus amigas la comprarán. ¿Cuántas amigas tienes? A ver... sí, sí sale, dirá el editor haciéndonos creer que sabe multiplicar con los dedos. Tus amigas la comprarán al menos para reírse de ti. No en tu cara, eso sí. Para algo son amigas. Más tarde podrás incluir un talento más en tu vida ya de por sí abundante:

dar clases. Abrirás tu taller de novela para tus amigas o para cualquiera que pueda permitirse tal engaño. Imagínatelo. Yo no podré ir porque no me alcanzará para pagarte y aunque me lo regales, mi orgullo y mis convicciones no me van a dejar tomarlo. Yo también tengo un prestigio que cuidar. Aunque el mío no sé si se pueda llamar así. Quizá lo mío es fama o más bien famita. La de resentido, panfletario, la de mal escritor. Aunque de esa, la última, no me puedo quejar. Heme aquí ganándomela a pulso. Ene aquí. Eñe. Erre si es que llegaste hasta acá o si es que el editor no me cerró el paso a tiempo. Yo espero que sí. A final de cuentas la mala escritura que yo practico tiene muy poco de legible. No se la pongo fácil a tu amigo. Lo sé. Es mi culpa. Así cómo, ¿no? Algo que se pueda leer, que nos lleve hacia algún lado, que nos cuente una historia. ¿Qué es eso de hacerles perder el tiempo con mis quejas y mis angustias? No. Acción, inspiración y alguna otra cosa que rime con “prevaricación”. De entre tus fortunas está la de contar con él. Es un viejo psicopompo con pantalón de tirantes, camisita de manga corta y aires solemnes: ahí en su escritorio siempre bajo la media luz de esa oficina que huele a tabaco y miados de rata custodiando la puerta que sólo se abre para unos cuántos. Tú podrías

ser una de ellos. No es tu culpa. Todo esto no es para que te sientas mal. Es lo que es, es lo que alguien como yo puede balbucear; lo que puedo permitirme. Es, aunque no lo parezca, mi secreta fortuna: no tengo que convencerlo a él. Imagina lo que es eso. Digo lo que digo, da igual si a alguien le gusta o lo lee: todo esto no es más que aprender a hablar con uno mismo. No cualquiera se conforma con tan poco, ¿cierto? Y tú no eres cualquiera: ya sé. ¿Pero yo? Por fortuna, yo sí lo soy.

N

He venido a Granada porque me dijeron que aquí
vive mi padre:

VÍCTOR M. CAMPOS



El autor (CDMX, 19¿?) se formó en el Taller Levrieriano de Escritura Creativa dirigido por Carmen Simón. Obtuvo mención honorífica en el Primer Concurso Internacional de cuento breve “La sombra del amor y la muerte”, 2021, convocado por el Centro Hispanoamericano de Fomento a la Literatura (España). Finalista en el Concurso Literario Internacional “Savia al Mundo, 2022”, convocado por la editorial Libros de Arena y Espuma (Venezuela-Perú). Finalista en el Concurso Nacional de Antología de Cuento, 2022,

convocado por Ediciones Cleta (Chihuahua, México). Ha publicado en mil-ocho-mil revistas.

Índice

U	2
Pop up	3
N	7
Despierta	9
T.....	13
Todas las noches del mes	15
A.....	18
Tripofobia	19
L.....	22
La máquina	23
A.....	28
¿A qué edad aprenderán a volar?	29
N	32
¿Un cuento sobre tender la cama?	34
D	36
Todo está bien	37
R.....	39
Ven	40
É.....	42
Sin título.....	43
S	46
Macaria	47
N	52

El regalo	53
E.....	57
¿Puedo hablarte de tú?	58
U	62
Aquí no hay advertencia.....	63
M.....	66
Ajolutito	69
A.....	75
Escribir mal	76
N	80
VÍCTOR M. CAMPOS	81



Título: Leche de vaca sagrada.

Autor: Víctor M. Campos.

Edición digital Hoja en blanco. Abril, 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

